

des defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga: valieron mucho, tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

»Peor que la vieja no ha de ser.»



S. M. EL HAMBRE.

Mientras nuestros marinos caen fusilados en Filipinas, maldiciendo al caer el nombre de quienes los llevaron sin defensa al combate, amarrándolos con cadenas de honor á cuatro barcos viejos, sobre cuyos cascos ha hecho á mansalva la escuadra *yankee* ejercicios de tiro; mientras el marqués de Cabriñana presenta en el Congreso una proposición para exigir responsabilidades á los ministros de la monarquía, proposición que ningún monárquico se atreve á suscribir, comprendiendo que la responsabilidad es de todos los representantes del sistema y que á

todos *pro indiviso* corresponde; mientras se quiere adornar la catástrofe con laureles y satisfacer á los muertos con ditirambos y cubrir las culpas con el silencio; mientras esto ocurre, álzase enfrente de nosotros, despótico y terrible, con la boca abierta y los puños crispados, un dictador, á quien ni se satisface con laureles, ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios: S. M. el Hambre.

Ese caudillo trágico, que tiene la desesperación por guía y el calambre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército, no lo hay tampoco de que su ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente, buscando alimentos que esprimir, es un recluta; cada día en ayunas, un estimulante; cada basca angustiada, un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por el estómago, y si el corazón retrocede en sus entu-

siasmos, el estómago no retrocede en sus apetitos.

El entusiasmo puede extinguirse con la derrota, el hambre, no; el que pelea por la gloria, cuando es vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla, presenta otra más formidable.

S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico que las conduzca. Les grita, señalando á éste ú otro sitio: «Ahí está el pan que os hace falta»; y hacia allí embisten los hambrientos con el ímpetu ciego de la fiera que venta su presa, con la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer.

S. M. el Hambre acaba de presentarse en España desplegando al aire su terrible bandera; sus soldados de siempre acuden presurosos al llamamiento.

¿De dónde salen? De todas partes. De los campos, donde el trabajo falta y el acaparador monopoliza el fruto; de las fábricas, que

cierran sus puertas para recoger en silencio los últimos estertores de la industria; del fondo de las minas, empujados por la mano homicida del grisú; del taller que suspende sus construcciones; de la obra que paraliza su tarea; de los centros productores todos, porque esos centros productores que no pueden mantenerse á sí propios no pueden mantener á nadie. De ahí salen, y azuzados por el hambre que crispa sus nervios, y oscurece sus entendimientos y petrifica sus corazones, saquean los almacenes, incendian los edificios públicos, destrozan las vías de comunicación, provocan sangrientos conflictos, y aterran, porque amenazan, y compadecen, porque suplican, y residencian al miedo cuando piden sangre y á la justicia cuando piden pan.

¡Horrible y doloroso espectáculo el de esos hombres y esas mujeres que profieren en diversos puntos de España, á un tiempo, el mismo grito desesperado! ¡Horrible espectáculo el que ofrecen esas multitudes sin fre-

no; horrible espectáculo el que presenta nuestra escuadra destruída en Manila, nuestras colonias asiáticas indefensas, nuestros barcos de guerra yendo y viniendo como el alma de Garibay, nuestros Gobiernos sin saber qué hacer, y la opinión pública con una mordaza en la boca.

¡Horrible espectáculo, tristísimo espectáculo, perspectiva siniestra! El desastre fuera, la imprevisión en las alturas del poder, y el hambre enseñoreándose de España. Horrible espectáculo al que nos han traído, luego de manejar por espacio de veintitrés años las fuerzas, las energías y los recursos nacionales, los gobernantes españoles, esos gobernantes que ni se han preocupado de las reclamaciones del obrero, ni de los llamamientos de la industria, ni del empobrecimiento de la agricultura, ni de la defensa de las colonias, ni de los conflictos internacionales; que sólo se han ocupado en ir viviendo, en guerrear por la conquista del poder, y hoy recogen como resultante de su conducta una

industria muerta, y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; un grito de horror ahogándose entre olas de sangre en la bahía de Manila, y un grito de hambre repercutiendo fatídicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, que no impedirá que España entera combata hasta derramar la última gota de su sangre por la honra patria; pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha exprofeso para los momentos actuales:

«Un viento abrasado, que venía de lo alto, sopló sobre la tierra.»



LA CORONA DE ZORRILLA.

No es para tanto. Que la corona de oro regalada al trovador de España esté en una casa de préstamo, ni es para verter *lágrimas de sangre*, ni para indignarse, ni para des-empañarla por suscripción pública.

¿Qué importa que la corona ande de *Ceca en Meca*? ¿Va á empequeñecerse la gloria de Zorrilla porque esa corona pase de manos de un usurero á las de alguien que la transforme en *pasta mineral catalana* que dicen los clásicos de las Peñuelas?... Ningún empleo mejor pudo darle Zorrilla que utilizarla en atender apremios de la existencia ó